

LOS PERSONAJES DEL «LIBRO DE ESTER» E HISTORIA DE LOS CINCO PRINCIPALES, SEGUN LA EXEGESIS RABINICA

EL «Libro de Ester» constituye una de las piezas mejor narradas de la literatura universal, sin lagunas destacables y con unos hechos lógicamente engarzados. En texto tan reducido (167 versículos en diez capítulos de la Biblia hebrea; y 274, en dieciséis capítulos de la Biblia griega y la Vulgata), de materia limitada a un hecho particular, sorprende el desmesurado número de personajes que obran y se definen por sí mismos. De ellos, son judíos solamente Mordekay, Ester y, probablemente, Hatak (4⁵). El pueblo hebreo habitante de los dominios de Ahasweros, rey de Persia, se presenta en masa, como una colectividad o «minoría». Los demás, miles o millones de personajes que actúan y se mencionan en el gran drama de Ester y el pueblo judío, todos son enemigos de éste. Ellos, con sus nombres y funciones, contribuyen a dar vida a este relato, manejados con tal habilidad y realismo, que dudamos si quedarnos entre los partidarios de la autenticidad estricta del libro, o entre los que niegan o restringen su historicidad. Es extraño que apareciendo hasta treinta y seis personajes con sus nombres propios, pueda mantenerse que no hay nada de verdad, aunque la onomástica esté cambiada por cualquier razón.

Con Ester y Mordekay, llevan los diálogos y contribuyen fundamentalmente al desarrollo de los acontecimientos el rey Ahasweros y el primer ministro Hamán. Wastí es la víctima que acaba en el drama muy pronto con su papel. Alrededor de ellos, cumplen su cometido e intervienen en la historia otros personajes, mencionados con sus nombres y cargos. Tales son: Mehumán, Bizzetá,

Harboná, Bigtá, Abagtá, Zetar y Karkás, siete eunucos «sirvientes delante el rey Ahasweros» (1¹⁰), de los que al final intervendrá Harboná, «uno de los privados delante el rey» (7⁹).

Por otro lado y en distinto plano, aparecen los siete príncipes de Ahasweros: Karsená, Setar, Admata, Tarsís, Meres, Marsená y Memukán, «siete mayores de Persia y Media veyentes faces del rey, los assentantes primero en el reyno» (1¹⁴).

De los funcionarios palatinos de Susán, tienen nombre en el relato dos eunucos: Hegé (2⁸) o Hegay (2⁸), «guardador de las mugeres», y Saasgaz, «guardador de las concubinas» (2¹⁴); además de los vigilantes que atentaron contra la vida del rey, Bigtán y Teres (2²¹, 6²).

Hamán y su familia —si bien parece que el primer ministro estaba emparentado también con Wastí y todos los enemigos del reino—, actúan destacadamente en la narración. Aparece la mujer de Hamán, Zeres (5¹⁴, 6¹³), y diez de sus hijos, los ejecutados en Susán: Parsandata, Dalfón, Aspata, Porata, Adalyá, Aridata, Parmastá, Arisay, Ariday y Wayzata (9⁷⁻⁹); aparte de la «muchedumbre de sus hijos» (5¹¹). De los partidarios de Hamán, antijudíos de acción, se recuerda a los que murieron el 13 y 14 de Adar: «mataron en Susán trescientos varones» (9³); «mataron en sus aborrecientes setenta y cinco mil» (9¹⁶); «deperdieron quinientos varones» (9⁶, 9¹²). Y aún habla de «todos sus amigos» (5¹⁴, 6¹³); de «sus sabios» (6¹³); y de los «enemigos de los judíos» (5¹⁰, 9¹).

Implícitamente, ya van unos cientos de personajes; cantidad insignificante frente a los que constituyen la masa de súbditos del imperio de Ahasweros, porque así los nombra el «Libro de Ester», sin importar religión ni raza, sexo o escala social. Habla el libro de los «judíos» en general varias veces; de «los judíos los aldeanos» (9¹⁹); de «todos los judíos» (3⁶, 4¹³, 4¹⁶); de «los judíos, que en Susán» (9¹⁵); «todos los judíos de moço y hasta viejo, familia y mugeres» (3¹³), o bien llamados por Ester «mi pueblo» (7⁴, 8⁶), «mi nación» (8⁶) o «su pueblo y su nascimiento» (2¹⁰, 2²⁰).

Ellos están incluidos en la monarquía persa, y se les alude en esas expresiones de *kol* (= «todos»): «todo el pueblo, los hallados en Susán la metropolitana, de grande y hasta pequeño» (1⁵), que participaron en aquel afamado convite; «todos los mayores y todos los pueblos que en todas las provincias del rey Ahasweros» (1¹⁶); «todas las mugeres y sus maridos» (1¹⁷, 1²⁰); «todas las provincias del rey, pueblo y pueblo» (1²²); «todo varón» (1²²);

«moças vírgenes, buenas de vista» (2², 2³); «moças muchas» (2⁸); «todas las mugeres» (2¹⁷); «todas las vírgenes» (2¹⁷). Todos ellos inmersos en «muchos pueblos de la tierra» (8¹⁷); «todo reyno de Ahasweros» (3⁶); y en «todos los pueblos» (3¹⁴, 8¹³). Y rellenando huecos, los judíos: «pueblo uno esparcido y dividido entre los pueblos en todas las provincias de tu reyno» (3⁸) —concreta la denuncia de Hamán—.

La reina tenía un servicio de doncellas y de esclavos, como se deduce: «siete las moças las pertenescientes para dar a ella de casa del rey» (2⁹); «yo y mis moças» (4¹⁶); «moças de Ester y sus eunuchos» (4⁴).

Junto al rey hay un complicado servicio particular y oficial, en palacio y en los gobiernos de las provincias, con los precisos para el enlace normal entre ellos. En el «Libro de Ester» aparecen «moços del rey sus ministros» (2², 6³, 6⁵); «hazientes la obra» (3⁹, 9³); «escrivanos del rey» (3¹², 8⁹); «los eunucos» (1¹², 1¹⁵, 4⁵); «los sabios sabientes los tiempos» (1¹³); «privados del rey» (6¹⁴); «los correos» (3¹³, 3¹⁵, 8¹⁰); «todos sus mayores y sus siervos» (2¹⁸, 5¹¹); «todos siervos del rey» (3², 4¹¹). La organización en satrapías necesitaba muchos más: «presidentes en todas las provincias de su reyno» (2³); «los visreyes y los duques, y mayores de las provincias» (8⁹); «mayorales del rey, los duques» (6⁹); «visreyes del rey, los duques, y mayorales de pueblo y pueblo, provincia y provincia» (3¹²); «todos sus mayorales y sus siervos, fonsado de Persia y Media, los duques y mayorales de las provincias» (1³).

Tantísimos personajes presentes en los acontecimientos asisten a los banquetes del rey y de la reina y presencian las audiencias para discurrir la sanción de Wastí; se agitan en el momento de la elección de reina; odian a los judíos y temen ser aplastados por la represalia; presenciaron el castigo del Hamán y sus hijos, y pudieron, como todos los habitantes de Susán aquí mencionados, contemplar horrorizados la macabra ostentación de once cadáveres enristrados, de los más encumbrados individuos pocos días antes. Lección para antisemitas; pero también enseñanza para gobernantes impulsados por algún odio en tanto desempeñan su trascendente tarea de interés político.

Para que nadie escape en el ámbito humano de los hechos, aun de la posteridad hay que hacer mención: «Toda generación y generación, linaje y linaje» (9²⁸) futuros, han de tener en cuenta el contenido del «volumen de Ester» para su cumplimiento, pro-

tagonizado por la humanidad entera, con visos de trascendencia universal y a modo de epopeya que decidía de la existencia o no, en lo sucesivo, de la religión nacida en el Sinai.

Cinco de los personajes merecen nuestra atención por intervenir de manera más destacada, a tenor del papel que les asignó Yahvé en esta historia. Creemos que *Mordekay* es el verdadero protagonista del libro (considerado también por algunos como su autor), a quien Dios utiliza como encauzador de los hechos. *Ester*, su pariente, es medio eficaz para lograr el fin pretendido, frente al antagonista, el malvado *Hamán*, colocado en esta coyuntura de prueba para su pueblo en los años finales de la cautividad de Babel, después de la primera repatriación de Zorobabel. El matrimonio real de Paras (Persia) son meros personajes secundarios, movidos por los acontecimientos; y más secundario todavía el rey *Ahasweros*, beneficiado al final con el resultado de la tragedia, un figurón que simula desempeñar algún papel en la historia de Persia y de los judíos, cuando en realidad se deja llevar pasivamente por los consejos del último que llega y por la marcha de las circunstancias. *Wastí*, víctima necesaria, es, en la brevedad de su papel, personificación original de quien mantiene un punto de vista, definiendo perfectamente al rey, su marido.

Estos son los personajes que vamos a considerar en la historia de Ester, ordenados según su aparición: Ahasweros, o la necedad; Wastí, la soberbia; Mordekay, la justicia; Ester, la belleza y la virtud; y Hamán, la maldad. Cualquier otro orden sería artificioso, aunque, como en una biografía, se entrelazan las actuaciones de todos ellos, explicándose cada uno por la existencia de los demás.

Nos servimos para estas notas, fundamentalmente, del propio «Libro de Ester», cuyas referencias textuales proceden de la versión de Ferrara (edición de Amsterdam, 1.762, t. II, páginas 253-260).

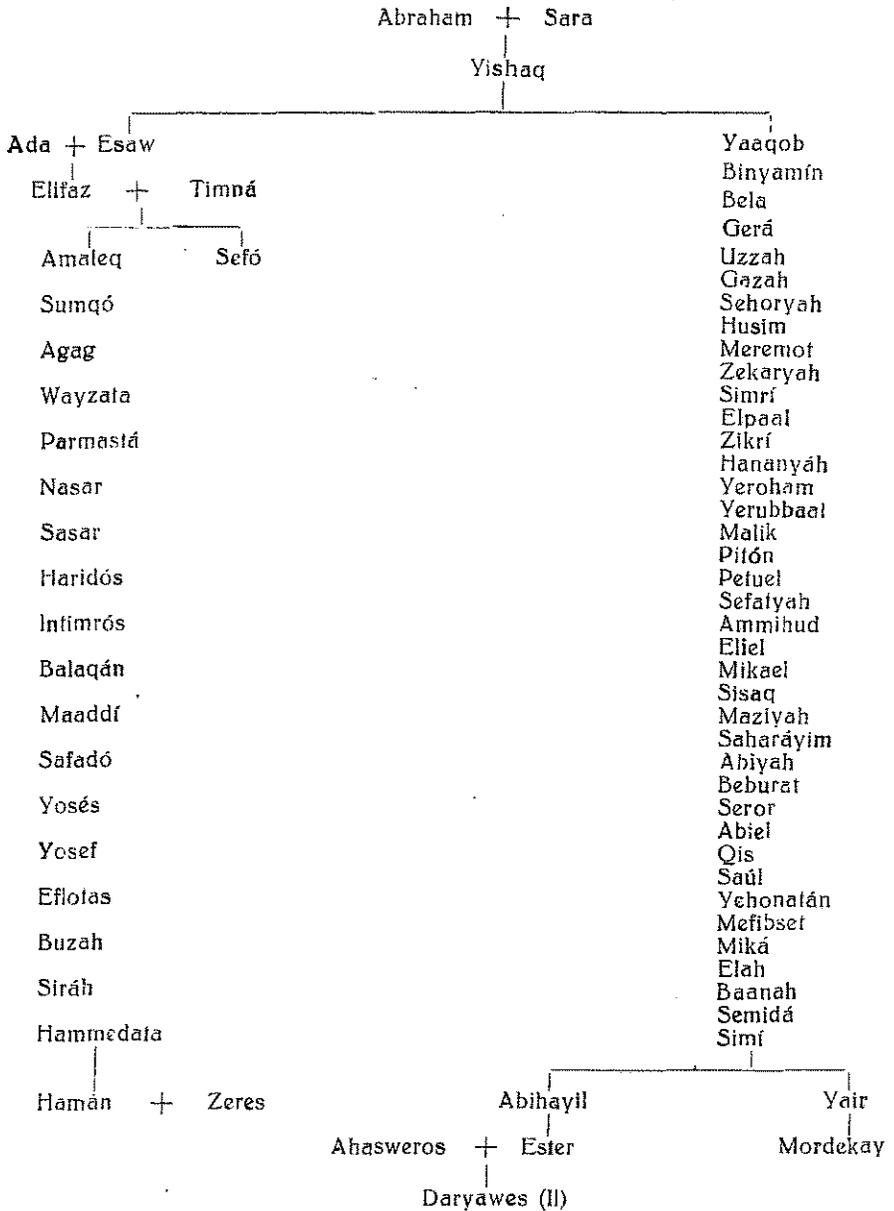
Para ampliaciones que matizan la personalidad de las individualidades utilizamos la obra judeo-española titulada «*Me'am lo'ez 'Estér*», extenso comentario al libro bíblico, original de Rafael Hiyá Pontrémoli (3.^a edición, Constantinopla, 1899), del que hicimos la oportuna versión y estudio. Michael Molho ha dicho («Literatura sefardita de Oriente», C. S. I. C., Madrid-Barcelona, 1960) que «el autor domina toda la bibliografía de su tema»; por lo tanto, tuvo en cuenta Pontrémoli la totalidad de las fuentes midrásicas relacionadas con este punto, que sirven para ampliar los

rasgos anecdóticos de estos personajes, sin compromiso doctrinal ni hacer variar fundamentalmente la presentación que ostentan en el «Libro de Ester»; a la vez que añaden unos matices de amenidad a la narración.

Como apuntamos en otro lugar, son muchas las cuestiones que el autor del «Mē'am lō'ēz 'Estēr» descuida de perfilar arqueológica, histórica o científicamente, porque no fue su intento conseguir obra semejante. Expone las genealogías de estos personajes ampliando las apuntadas en el «Libro de Ester»; y, con todo, las deja incompletas. Hasta hemos sorprendido la circunstancia de que, de los diez hijos de Hamán nombrados en Est 9^{7,9}, Pontrémoli sólo incluye a los dos primeros y al último; sin perjuicio de que anote el nombre de una hija, Dimod, y de otro hijo de Hamán, Simsay, escribano de Ahasweros.

En otra obra rabínica, escrita también en ladino, hemos encontrado el complemento anecdótico para las genealogías de los personajes principales de esta historia, cual es el «'Estēr 'im targum ladino» (incluido en el «Sēfer 'arbā'ā^b we-'esrīm»; Viena, 1814), que aporta datos sobre los ascendientes de Mordekay cuando comenta a Est 2⁵, y sobre los de Hamán, comentando a Est 3¹.

El esquema genealógico, pues, queda de este modo:



Hamán + Zeres = 209	}	Parsandata	}	colgados en
		Dalfón		
		Aspata		
		Porata		
		Adalyá		
		Aridata		
		Parmastá		
		Arisay		
		Ariday		
		Wayzata		
				Susán
		Simsay	—	escribano
		Dimod	—	hija única
		10	—	quincuagenarios
		180	—	murieron en Susán
		7	—	escaparon con Zeres

Según la tradición rabínica, en época inconcreta gobernaba en Paras, Istarges (Astiages), que no pudo legar su reino a un hijo, porque no tuvo más que una hija. A la pesadumbre del rey por carecer de un hijo varón, se unió el atentado contra su honra por obra de un bárbaro de la nobleza persa, quien, ambicionando conseguir la corona por este medio, forzó a la hija de Istarges; no sirvió de mucho el empeño del desaprensivo, porque enterado el rey del embarazo de su hija, ordenó darle muerte y encarceló a ella. Fruto del ultraje soberano fue un niño, con el que adoptó las oportunas medidas para que desapareciese cuanto antes la vergüenza que para él implicaba este muchacho, y ordenó que, sin llegar a beber en pechos reales, fuese abandonado en una montaña y que muriese de hambre.

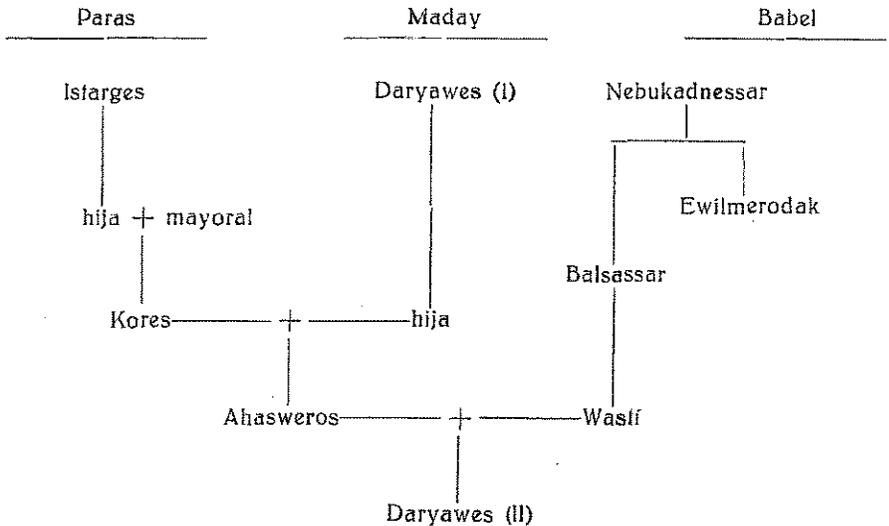
Cumplidos los deseos de Istarges, no logró, con todo, que el niño pereciese por consunción. La Providencia dispuso que una perra amamantase a la criatura mientras lo necesitó, siguiendo después el muchacho habitando en la montaña hasta edad adulta, disfrutando de una constitución extraordinariamente fuerte. Pese a la rudeza de su formación, un grupo de resentidos le pusieron a su frente para luchar contra el rey, denominándole Kores (Ciro), dado que fue criado por una perra, y en persa llamaban así al perro.

Cuando Istarges supo que vivía su nieto, destacó la fuerza necesaria para matarle. Un empeño más que salió fallido al rey, porque las aptitudes naturales de Kores eran tales, que logró dominar y matar a todos los enviados por su abuelo; e inmediatamente la pequeña hueste vencedora, antes de que a la corte llegase noticia del resultado de aquella expedición, se presentó en la capital del reino

persa, que fue ocupada, y su rey, Istarges, depuesto y asesinado. Kores, de la sangre real del país, fue coronado rey de Paras después de su abuelo.

Conocedor de estos sucesos Daryawes (Darío), rey de Maday (Media), y de la milagrosa obtención real de Kores, le ofreció en matrimonio a una hija. De este enlace, precisamente, nació Ahasweros (Asuero). Las tradiciones reseñadas en el texto rabínico que seguimos indican que Daryawes tampoco tenía un hijo al que heredar, salvo la mujer de Kores, y la corona de Maday pasó primero a ésta, para unirse en Ahasweros ambas herencias, tres años después de muerto su abuelo meda. Y dice el texto que «era rey rico y muy fuerte, cuya fama hacía temblar a los que oían hablar de él».

La genealogía de los reyes, según la obra sefardí, es la siguiente:



Ahasweros.—Supone el «Libro de Ester» que Ahasweros gobernaba en Paras y Maday al tiempo de los sucesos narrados en el (1^a). Prototipo de gobernante irascible, veleidoso y poco impuesto de sus deberes como rey, no se preocupaba debidamente por servir los intereses generales y particulares de su imperio. Los asuntos se arreglan, pero el daño causado a ambas facciones —judíos y antijudíos— con su prevaricación no se lo perdonó ninguno. Las opiniones se dividen al considerar si se corresponde Ahasweros

históricamente con Jerjes I (485-465 a. J. C.), según la exégesis cristiana; o con Artajerjes (465-425), también según la exégesis rabínica.

El «Mē^{ca}m lō^{ez} 'Estēr» indica que Ahasweros recibió este nombre «por sus malas obras», y lo confirma con las cinco etimologías que, sucesivamente, incluye. Dice que este nombre, interpretado por diversos autores, puede significar una de ellas o todas al par. Aquí se manifiesta una de las cualidades de los autores rabínicos, que han encontrado materia para dejar correr su fantasía al tratar de cualquier menudencia del Texto Sagrado.

Ahasweros puede derivarse de 'āḥ rāš, por la sencilla razón aducida de que «en su tiempo suspiraba Yisrael porque su bolsa quedó vacía a consecuencia de los impuestos que el rey les hacía pagar». También este nombre se consideró integrado por los términos 'āḥaš wē-rō'š, o «gran corona del pueblo», sin más razones. O bien procede de 'āḥiw šel rō'š, con traducción literal: «hermano y compañero de Nebukadnessar, que fue llamado rō'š, por su natural sanguinario». Otra etimología peregrina que el texto aporta es la de considerar el nombre de Ahasweros formado por los vocablos ḥāš rō'š, porque su fama de invencible, valeroso y terrible hacía temer a quien le veía próximo, y solamente de pensar en liberarse de él «les dolía la cabeza pensando cómo se valdrían para conseguirlo». Una deducción etimológica más es la que deriva este nombre de šḥôr 'ēš, que significa literalmente «preto de fuego», ya que los rostros de los judíos estaban renegridos por la tristeza, como puede estarlo el fondo de una caldera sometida constantemente al fuego.

Las citadas etimologías tienen algún fundamento, por la semejanza de los términos elegidos para explicar este nombre. Las dejamos expuestas del mismo modo que lo hace la obra judeo-española, sin que abogemos especialmente por ninguna, ni tratemos de lograr la etimología justa del nombre de Ahasweros.

Su coronación debió ser muy discutida, atendiendo a que Ahasweros carecía de algunas cualidades indispensables para desempeñar tan alta magistratura, y, si no ante él mismo, se lo echarían en cara al comenzar su reinado diciendo que era indigno de ello porque los había más ricos y de mayor nobleza, dignos con más motivo de la corona. Contra esta oposición tuvo que luchar al principio de su gestión real. La reina Wastí, que le conocería mejor que nadie, se lo espetó en el momento oportuno, porque había sido es-

clavo de Balsassar, su padre, teniendo Ahasweros como función la de adiestrador de caballos, inferior en la confianza a la del cuadrero o del barrendero de la fusca.

Pese a tan oscuros antecedentes y aun siendo hijo de Kores y nieto de Daryawes, Ahasweros llegó a rey de Paras, Maday y Babel, el más rico de todos sus contemporáneos, aunque fuese, a la vez, el más necio e indocumentado en materia de gobierno. Su historial de servicios era poco ejemplar: No se hablaba de batallas vencidas, de embajadas fructíferas, de nobleza de sangre y conducta, ni de ciencia en su haber; sino de menesteres serviles. Cualquiera era más digno de coronarse. Tal sería su ruindad, que dudó de la honradez de Ester por el hecho de haber invitado dos veces consecutivas a Hamán en su mesa.

Nebukadnessar, conquistador único de territorios y riquezas de todo el Oriente, se apesadumbró ante la perspectiva de carecer de un hijo merecedor de la sucesión. Las inclinaciones de Ewilmerodak le impulsaron a hacer desaparecer todo su tesoro en el N'har Perañ (río Eufrates), bienes que no pudo legar a Balsassar, y que solamente encontraría de manera milagrosa Kores cuando conquistó a Babel. Naturalmente, al par que la corona de Kores, convergió en Ahasweros toda esta riqueza, y con razón pudo vanagloriarse de ser el más rico de su tiempo. De ella se valía para hacer una ostentación tal de grandeza como suponía organizar el famoso festín con que comienza el relato del «Libro de Ester» (1¹⁴), de millares de personas congregadas de todo el imperio, y durante 180 días. Su tesoro precisaba 1.080 dependencias, que enseñó a sus invitados a razón de seis «casas de tesoros cada día».

Cuando, con tales antecedentes, se hizo cargo del imperio de Paras, Maday y Babel (en el año 3.392 de la Creación = 368 a. J. C., según el autor del texto), no es de extrañar la hostilidad que le manifestaron, tanto desde el exterior como los súbditos poderosos, que se creían con más méritos para heredar a Kores. Es posible que Ahasweros intentase prevenirse de los enemigos interiores, o quizá su misma prevención motivó las revueltas iniciales del reinado. En el texto encontramos que, al ser coronado, hizo un relevo total de la nobleza y prescindió de los servicios de viejos ministros. Aquí puede residir la causa de aquellas revueltas que agitaron los tres primeros años de su reinado. Pasado este tiempo, se consideró seguro en el trono, con todas las satrapías pacificadas; hubo de verter sangre para deshacerse de sus enemigos; los ven-

cidos se le sometieron y le aceptaron sin dobleces como rey. En este momento, en el año 3.395, sin preocupaciones enemigas, inició su gran festín, como colofón de la coronación y muestra de su poderío personal y oficial; como consejo ejemplar para quienes pensasen rebelarse contra él; como manifestación de amistad para hacer olvidar inquietudes; como ocasión para que se convenciesen de que no había par a él en aquel tiempo. Recibe confiadamente el título de rey, y el banquete implica la aceptación unánime como tal por el ejército, el pueblo y la nobleza, reunidos en la capital del imperio por este motivo.

Ahasweros imperó en 254 provincias, que administrativamente comprenderían unas circunscripciones mayores, denominadas satrias. La mitad de aquellas se perdieron en los albores del reinado, alzándose con el mando, validas de la lejanía de la metrópoli. Con todo, reinaba desde India hasta Etiopía (1¹). En ambas direcciones y en otras, y más allá de ellas, perdió territorios; pero él estaba satisfecho de la amplitud de sus dominios en el tercer aniversario de su irrupción a palacio. Con las 127 provincias restantes continuó todo el tiempo que duran los acontecimientos narrados en el «Libro de Ester». Guerras exteriores tuvo que sostener entretanto, con mejor o peor fortuna; pero recibió ayuda de Dios solamente cuando rectificó su actitud con respecto al Pueblo Predilecto.

Secuela de su riqueza era el orgullo que dominaba a Ahasweros, natural en persona de origen y antecedentes humildes. Aspecto concreto en las palabras del texto: «Cuando Ahasweros se vio rico, dijo en su corazón: «No hubo rey semejante a mí entre los antiguos». Esta conclusión le llevó a discurrir un procedimiento para que la gente olvidase a los poderosos anteriores a él, principalmente a Salomón, afamado por las historias como el más grande y rico de cuantos hubo en el mundo; por eso mandóse confeccionar un trono semejante al del Rey Sabio de Yisrael, ya que le fue imposible utilizar el original por impedimento sobrenatural.

Además de éste, «poseía tronos en muchas ciudades, para sentarse cuando pasase por allí». No alude a los tronos de las satrias, sino a residencias reales a usar en los desplazamientos por sus dominios, sostenidas a expensas de sus bienes particulares, para evitar la maledicencia y, mejor aún, los impuestos extraordinarios con que mantener este fausto.

Estableció la sede del gobierno en Susán, la «azucena» de aquel imperio, por la belleza de su emplazamiento, por su situación es-

tratégica en el centro geográfico del imperio; colocó aquel trono fabuloso, incomparable —si se exceptúa el de Salomón— en Susán, porque «eligió aquel lugar como el más indicado entre todas las ciudades».

Un rasgo más de la personalidad de Ahasweros, para bien o para mal, es que creía en oráculos. Esta debilidad guarda estrecha relación con los hechos del «Libro de Ester», pues la enemistad contra los judíos tenía origen en un oráculo, cuando «le dijeron sus estrelleros que un judío reinaría después de él». Una carta contra Hamán decide de este pueblo, y le gana; pero, inconsecuente, le deja en manos del malvado ministro. Creer en aquel vaticinio fue el móvil de su conducta; sin embargo, por casarse después con Ester, se cumplió la profecía: un hijo de mujer de esta raza, y suyo también, Daryawes, fue su sucesor.

Tal era Ahasweros según la tradición rabínica. Humilde de mente y funciones, llegó a emperador, a lo que parece por astucia, con su bagaje de necedad, ambición y muchos otros defectos deducidos de su conducta.

a) *La primera mujer de Ahasweros* (3.393-3.395) (*Est* 1). — Paras y Maday fueron tributarias de Babel hasta tiempo de Balsassar (3.389). Kores y Daryawes se pusieron en campaña contra él favorecidos por las ofensas que el rey de Babel hizo a Yisrael en el memorable festín (*Dn* 5). Al entrar éstos en Babilonia acuchillaron a todo ser vivo que encontraron en el palacio, a excepción de la hija de Balsassar, una muchacha de doce años, que Daryawes quiso reservar para esposa de su nieto Ahasweros. Este esperó a que la moza cumplierse dieciocho años, se casó con ella y tal acontecimiento fue uno de los faustos motivos por que hizo el gran convite que se describe en el comienzo de la «*Meḡillát 'Estēr*» (1^{1.4}).

Consideraba a Wastí, «su primer amor», como la mejor perla de su corona, y mandó hacer un retrato de la reina en las paredes de la cámara real. Recrecida ella por los mimos y atenciones que le prodigaba Ahasweros, se valía de sus prendas para inclinar fácilmente las opiniones del marido, al que debían agrandar el desdado de Wastí y sus ocultas hermosuras. El texto apunta que, de ser poco agraciada, no habría logrado la amistad de Ahasweros, olvidando su encumbramiento desde los más bajos menesteres de la casa de su suegro, cuando ella no reparó siquiera en él. Estos

tiempos le recordará Wastí cuando recibió orden de presentarse para mostrar sus íntimas bellezas al cónclave de varones dignatarios de todo el imperio; dice a los emisarios que recordasen a su señor, «el loco, que en casa de su padre no le consideraban digno ni para caballero».

Perdió él su juicio con el vino y envió a llamarla por medio de unos esclavos (1¹²) para que se presentase desnuda y demostrar a los magnates que no había en todos sus territorios una mujer con tantas gracias como la propia reina. Todas las circunstancias que rodearon este deseo de Ahasweros cayeron mal a Wastí, y se encaprichó en desobedecer, para probar la paciencia o el cariño del marido.

Donde hay vino hay pecado, y el vino es causa de grandes males, dicen acertadamente algunos proverbios. Las alegrías que movieron al rey a organizar tan grandioso festín, porque le reconocían como tal todos sus súbditos y ya podía titularse rey sin reservas, se nublaron precisamente a causa del procedimiento que empleó para celebrarlo. La conmemoración de los dos años anteriores se limitó a un día de fiesta por el aniversario de su coronación; y en aquél del 3.395 quiso hacer la alegría incesante durante medio año y comunicada a todos los habitantes del imperio, que debían participar en el convite y alegrarse con las alegrías de su emperador.

Los males personales que acarreó a Ahasweros la bebida fueron inmediatos; el bien tardó en llegar, dudoso si era feliz por el momento en y con su imperio. Wastí se ha negado públicamente a obedecer las órdenes del rey; ebrio, se indigna éste contra su mujer, y quiere, como castigo único, hacerla desaparecer para que el ejemplo no cunda entre las mujeres del imperio. Wastí debe morir para escarmiento; y los súbditos temerán más al rey ante semejante edicto (1^{13,22}). Sin embargo, como rasgo de su inconsecuencia, «pensó después, por el cariño que profesaba a Wastí, buscar una atenuante a su falta y que fuera indultada».

A la sazón, no se hacía distinción en el imperio persa entre los súbditos de una raza, religión, creencias y costumbres distintas de otros. Ahasweros ha nombrado primer ministro a Hamán (3¹), quien, resentido contra el judío Mordekay, inclina la voluntad del rey en la dirección que su alma negra desea. El ministro ha tramado perfectamente su plan, enredando en él al rey; y comienza a ponerle en práctica, después de lograr que el propio Ahasweros

se convierta en enemigo de los judíos por una causa inexplicable: por la predicción que le hicieron respecto a un sucesor de esta raza. Hamán le recordaba insistentemente el daño que reportaba al imperio conservar a tan despreciables súbditos, hasta conseguir que Ahasweros respondiese que deseaba «no quedase ni rastro de los judíos; pero no podía tomar una determinación tan grave respecto de ellos, porque era —decía— simple depositario de este pueblo, puesto por Dios en sus manos para que los guardase y cuidase».

Todo ello no era obstáculo para que ofendiese, consciente o impensadamente, los sentimientos judíos; en primer lugar, utilizando los vasos y objetos del Templo para su gran convite; después, haciéndoles beber y pecar en esta fiesta, que presidió vestido con los ropajes del Sumo Sacerdote de los judíos. Y con estos precedentes, tenía el ánimo predispuesto para firmar el decreto asesino, en el año 3.404, cuando ya estaba Ester junto a él.

b) *La viudez de Ahasweros* (3.395-3.399) (*Est* 2^{1.4}). — El día 3 de Tisrí del año 3.395 (finales de septiembre) terminaron las fiestas que acompañaron al grandioso festín de seis meses y comenzó otro convite restringido para los habitantes de Susán (1^{5.8}), al que asistieron, precisamente, todos los judíos de la ciudad —o la mayor parte—. En el anterior no pudieron estar presentes porque sólo comprendía a los sátrapas, gobernadores de las provincias y jefes del ejército y de localidades (1³). Ahora, durante una semana, se benefician 18.500 judíos, por empeño personal de Ahasweros o de Wastí. Al finalizar este convite menor, y el simultáneo convocado por la reina (1⁹), el 10 de Tisrí, es cuando avisa a Wastí para que se presente desnuda. Como remate de tanto vino y comida, de alegrías y de pompa, tiene lugar el repudio y muerte de la reina. Ahasweros queda viudo, harto de alcohol y de odio hacia Wastí. Pero cuando se calmó del influjo de la bebida y de su pasión, acordóse de ella (2¹), arrepentido de haberla hecho morir.

Entre tanto desatendía Ahasweros sus obligaciones, dolorido por la ausencia de la reina amada. Realizó alguna campaña militar; pero todas las empresas sin acierto.

Duró su viudez «desde el tercer año hasta el séptimo de su reinado» (2¹⁷), en que eligió a Ester. Pontrémoli justifica los cuatro años sin reina diciendo que fue porque, «siendo estaba escar-

mentado de lo que le sucedió con Wastí, tuvo paciencia hasta elegir otra mujer libre de los defectos de la anterior».

Ahora recibió solución de los consejeros jóvenes, y no de aquellos sesudos que intervinieron en el jurado contra Wastí. «Viendo sus mozos que el rey estaba muy triste, comprendieron que deseaba mujer» (2²). Y de su mente juvenil surgió la idea de convocar en Susán un concurso de bellezas del imperio, a razón de una por cada provincia, la más hermosa, elegida por enviados especiales para que no cupiese preferencia, engaño o influencia. Se adoptaron medidas para que el rey, libremente, escogiese su propia mujer.

c) *Ester en palacio* (3.399-3.432?) (*Est* 2⁵-10³). — En este tiempo, años de interminable felicidad, prosperidad y acierto, tienen lugar los más señalados acontecimientos de su reinado. En 3.399, Ahasveros elige a Ester como mujer. En 3.405 se casan; y en 3.408 fue coronada oficialmente, quizá cuando ya había dado al rey sucesor varón.

Caracteriza a esta época la presencia milagrosa de Ester en la corte. El Texto Sagrado se extiende en pormenores sobre la trascendental concentración de bellezas en la capitalidad del imperio; el tratamiento que recibían durante un año con aceites especiales, para que desearan ser esposas del rey; el meticuloso ceremonial, para impedir la doble recepción de la misma moza. Llegó el turno a Ester ante un hombre hastiado de su aburrida existencia, sin ilusiones, desesperanzado de encontrar mujer bella como Wastí; sin embargo, «cuando el rey vio a Ester, halló ante él una hermosura sin par» (2¹⁵⁻¹⁶). Tal sería, que Ahasveros hizo borrar inmediatamente el mural que representaba a Wastí y pintar en su lugar el de Ester. Aquel mismo día de Tebet del año 3.399, en que la bellísima judía llegó a su presencia, sin esperar el remate del interminable desfile de vírgenes bellezas y de días insulsos, «la coronó él mismo en lugar de Wastí» (2¹⁷).

Ester es la reina preferida de Ahasveros y en su honor celebra nuevo convite. No obstante, había comprobado ella las necesidades de su marido e hizo cuanto le pareció, por propia iniciativa o por orden de Mordekay. Entre los cónyuges reales hubo un diálogo violento, con motivo de negarse Ester a informar al rey sobre quién era su familia. Consecuencia extraña de esta situación es el nombramiento de Mordekay como consejero de gobierno, sin lograr

Ahasweros, con todo, aclarar ningún punto de los que deseaba conocer. Por insinuación de Mordekay, a sabiendas de que era judío, congregó a bellas mozuelas nuevamente en Susán (2¹⁹). Pero el rey «no tomó a ninguna en sustitución de Ester, porque su intento era solamente asustarla para que dijese de qué raza era», cosa que, a pesar de las medidas adoptadas, no consiguió. Y Ester continuará siendo la reina única de Paras.

Por entonces se recrudeció contra el rey la enemistad de los grandes del imperio, que habían pensado medrar o emparentar con él a raíz de la destitución de Wastí. Ciento veintiséis hijas de las más encumbradas familias persas han sido despachadas del harém con afrenta. El malestar se concreta en el atentado de Bigtán y Teres, parientes de Hamán, contra la vida del rey, por las razones que indica el «Mē'am lō'ēz»: eran parientes de Wastí y simbolizaban el resentimiento de toda la nobleza en contra de los dos advenedizos, Ester y Mordekay, aunque desconocían su raza y parentesco; Mordekay había ocupado el lugar de ambos guardianes en la apadana real y desde allí mismo juzgaba a Yisrael; y finalmente, porque pensaban traicionar a su país en beneficio de la invasión griega. Pero el regicidio de frustró, precisamente por la acertada intervención y lealtad de Mordekay. Bigtán y Teres fueron ejecutados, siguiendo el uso general con los traidores de todos los países (2^{21,23}).

Ante el edicto de exterminio (15 de Nisán de 3.404), a los desconcertados judíos no queda más consuelo que volver a la confianza en Dios. Su defensa estaba en la mente de Mordekay (4¹), causa primera de esta medida gubernativa y cabeza visible del judaísmo persa. Aquí comienza el despliegue de sus reconocidas habilidades políticas y diplomáticas, haciendo llegar hasta Ester, lo mismo que antes le comunicó lo que se tramaba contra el rey, las consecuencias desastrosas de la disposición homicida, que ella desconocía (4^{1,9}). La reina se estremece de dolor y de sorpresa. No puede entrevistarse con el rey sin permiso porque el enemigo tiene previstos todos los extremos, y quienquiera que se presente ante él sin audiencia expresa —que debía conceder el propio Hamán— morirá (4¹¹). Mordekay ordena que lo haga, aun a pique de que pudiese morir. Y Ester llegó ante el rey de improviso, exponiéndose, en principio, incluso a que Ahasweros dudase de su honestidad. Pero logró el perdón y obtuvo gracia del rey, cuando dijo a Ester que «aquella ley no tenía efecto con la reina», a la que él quería como a nadie y estaba por conceder cuanto pidiese. El soberano ha re-

conocido de pronto su insensatez y se convierte en enemigo de Hamán y amigo incondicional de los judíos.

Del cambio en su conducta obtuvo beneficios desmesurados como para no arrepentirse, hallando fidelidad a su alrededor, servidores leales, mujer virtuosa y un ministro competente.

Ya desde la muerte de Wastí sospechaba el rey si Hamán no sería el único culpable de semejante consejo. Y le guardaba un rencor oculto, en espera de la ocasión propicia, sin manifestar su cambio de opinión con respecto al primer ministro, que, por otro lado, no imaginaba las intenciones del monarca; pero éste no se detuvo hasta que vio oscilando su cadáver en el extremo superior de la horca que, tan oportunamente, el propio Hamán preparase. En esta ocasión quedó tranquilo el ánimo del rey, y cuantos honores concedió a Hamán se los traspasó ahora a Mordekay.

Parece que el rey esperaba solamente una insinuación para su cambio hacia Hamán, y fue nada menos que la reina quien se aventuró a abrir los ojos al soberano. Ya Ahasweros había tenido unos presagios, en los que creía tan ciegamente como en los oráculos. Le había ocurrido ver en uno de sus sueños cómo el propio Hamán se apoderaba de su corona y sus galas reales, y cómo desenvainaba una espada para darle muerte. No podía Ahasweros creer en semejante sueño, fundamentalmente porque estaba seguro de la fidelidad de su ministro: Es uno de tantos hechos inauditos que el autor de nuestro texto atribuye a indudable milagro. El más oportuno ocurre al rey después del primer convite que tiene con Hamán en casa de la reina (5⁵), cuando Zeres, la mujer de Hamán, le ha impulsado para que apresure los acontecimientos y haga colgar inmediatamente a Mordekay (5¹⁴). Hamán llega a palacio antes de amanecer, contra su costumbre, con el fin de obtener permiso para matar a Mordekay (6⁴); y precisamente al rey atormentó en el comienzo de aquella noche —la de Pésah (15 de Nisán)— un sueño inquieto, sintiendo en cuanto cerraba los ojos una extraña turbación, como «si hubiese llegado alguien a despertarle», y después sacudían todo su cuerpo contra el suelo hasta 365 veces. Y vio claramente en sueños que Hamán estaba sobre él, espada en mano, dispuesto a hacerle morir junto a Ester.

Si ella iba a ser víctima también, la reina le era fiel, y no su enemiga. Y si Ester era judía, como ya ha logrado saber, quiere decir que todo su pueblo está en peligro mientras viva Hamán (7^{3.4}). Así se operó un cambio más en sus sentimientos.

Al comienzo del reinado, el pueblo judío era indiferente en la consideración de Ahasweros, a los que vendió por una simple dejadez de funciones (3¹¹). Tan sólo los tomó un poco por delante cuando le vaticinaron que un judío sería su sucesor, porque pensó que lo lograría en perjuicio de su persona. La fortuna y la suerte, el acierto político y la ventura para Persia llegaron en el momento en que, convencido de su lealtad, comenzó el rey a favorecer a este pueblo. La prosperidad y la dicha imperaron en cuanto, apenas muerto Hamán y tras del breve tiempo que hubo un ministro sin importancia, entregó Ahasweros todos los poderes de aquél al propio Mordekay, nombrándole consejero, primer ministro y omnipotente varón en su corte (10¹⁻³). «Cuando volvió a hacer bien a la nación judía —anota el «Mē^cam lō^eēz»— conquistó muchas ciudades, y frente a las que perdió y no le quedaron más que 127, ahora imperó en ellas, y Dios le protegió». Llega en sus conquistas hasta Africa, por mar y por tierra, hasta lugares que nunca habían estado sometidos al imperio persa.

Wastí (*Est* 1^{9,22}). — La primera esposa de Ahasweros es la víctima del drama que narra el «Libro de Ester». Su muerte define al rey más fielmente que cualquiera otro rasgo de su vida, típico de su inconsecuencia e insensatez. Mientras que muchos de los personajes que intervienen en la narración son de origen humilde, incluso el propio rey, *Wastí* es la única de «casta alta», procedente de linaje de reyes en línea definida: «hija de Balsassar y nieta de Nebukadnessar, y la cautivó Kores, librándola de la muerte, para casarla con su hijo». De origen caldeo, fue llevada prisionera a Paras con algunos siervos fieles al reino, que la siguieron en su cautiverio, entre ellos Bigtán y Teres. Al ser derrotado su padre, contaba *Wastí* solamente doce años de edad. Hubo de esperar, sin desearlo o sin acordarse apenas de tiempos pasados, hasta que tuvo dieciocho, para casarse con Ahasweros, en el tercer año del reinado de éste (3.395).

Con su alma resentida, *Wastí* poseía unas cualidades que configuran el refinamiento de su maldad. Reina de Paras, sin familia, debía odiar incluso al propio Ahasweros, sin dejar a ningún persa al margen de su perversión o de su venganza, pues a todos odiaba por igual, se tratase de grandes, que ultrajaba, o de pequeños, que despreciaba. El texto la califica de «mala».

Aparece *Wastí* presidiendo el «combite de mugeres» (1⁹) simul-

táncos al del rey, con el fin de mostrarse como la reina más poderosa y más bella si cabe que ninguna mujer de la tierra. Trató de engañar a aquellas provincianas aparentando ser también un dechado de perfecciones morales. Parece que las mujeres de Babel tenían fama de honestas, y Wastí debiera serlo, por seguir la tradición. No obstante, se asegura que su conducta privada rayaba en la degeneración.

El séptimo día del convite, 10 de Tisrí, llegó la embajada del rey, quien había porfiado ante aquellos varones poseer la más bella mujer del imperio —aseguraba que no había «hermosura semejante en todo Maday y Paras»—. Negóse Wastí, aduciendo que «desde el día que nació, nadie había visto su cuerpo desnudo hasta el momento, salvo el rey sólo». Por sus razones, fue víctima de la honestidad.

Primer amor del rey, la llamaba sinceramente «su mujer querida». Estos motivos pudieron, a pesar de su desobediencia, haberla librado de la muerte, si convencía al marido de la insensatez que implicaba presentarse desnuda ante tan numerosa reunión de hombres, porque, si a todos no agradaba, se burlarían de él, en vez de alabar la hermosura física de la reina. Ofendió a Wastí que los mensajeros fuesen esclavos de palacio (1¹⁰) y que viniesen con orden de llevarla de grado o por fuerza, más que la vergüenza de enseñar sus intimidades a uno o a muchos hombres. Fuentes rabínicas aseguran que le había surgido recientemente una enfermedad cutánea (lepra?) que la afeaba. Desconocía el rey esta circunstancia; de ir, el ridículo de Ahasweros habría sido absoluto.

Wastí murió sin haber descubierto el secreto físico de su desobediencia, no sin antes lanzar públicamente contra su marido el más nutrido repertorio de insultos. Decía Wastí a los embajadores, para que se lo transmitiesen al rey: «Mi padre bebía vino cada vez que bebían todos y cada uno de sus mil mayores, y ni una vez de las mil el vino le hizo perder el tino hasta el punto de proferir palabras insultantes como le ocurre al loco de Ahasweros».

En la historia de Ester, más que todas estas circunstancias, pesa en pro del castigo de Wastí la de que era enemiga de los judíos y que en el segundo convite de Susán aconsejó la distribución de los jardines y su ornamentación, logrando el marco oportuno para hacer pecar a los judíos; y en muchas otras ocasiones obligaba a las israelíes a que trabajasen en sábado. Sus vicios de reina serían los normales en una corte contemporánea. Un judío será el verda-

dero denunciante de Wastí, dispuesto a arrostrar su ruina en caso de fracasar.

El «Mē^cam lō^cēz 'Estēr» afirma que «los cielos dispusieron que Wastí pereciese por consejo de Daniel, que no pensó en aquel momento sino que Dios, que le había escapado innumerables veces de la muerte, le escaparía en esta ocasión y conseguiría la desaparición de Wastí». Parece que se identifican Daniel y Hamán, y el castigo debe venir, en definitiva, de este último, para que también por su mediación llegue Ester a la realeza, y en su día sea la vengadora contra el mismo Hamán.

Un juicio breve en el que se alegaron motivos de ejemplaridad, por aquello de que

«los príncipes mandan cuando pecan,
»y en la vida culpable de los reyes
»no son vicios los vicios, sino leyes»

(«La Raquel», de Luis de Ulloa). El juez de menor categoría entre los convocados no reparó en matices, sino que exigió la muerte de Wastí, porque semejante ofensa al rey no tiene otra sanción más justa.

La ejecución coincidió con el séptimo día del segundo convite, sin tener en cuenta nadie su hermosura, su realeza, su posición, su riqueza. Sobre el procedimiento de morir, recoge el texto que «fue degollada y quemada desnuda en día de sábado», o simplemente, que «la quemaron viva».

El nombre de Wastí significa en persa antiguo «la deseada» o «la amada». También se ha relacionado con el nombre parecido de una deidad elamita (Masti), en oposición a Marduk, dios solar de los babilonios.

Mordekay (*Est* 2⁵ - 10³). — El auténtico héroe de esta historia es Mordekay, que aprovecha la menor incidencia para inclinar los hechos hacia donde Dios tiene previsto en bien de su pueblo. Mordekay representa el motivo inmediato de la ira enemiga, porque tenía irritado a Hamán. El es el verdadero enemigo de los amalecitas y quien los instiga a venganza, para que, en un momento determinado, se alcen contra los judíos.

El nombre de Mordekay es una variante de Marduk, deidad

principal de Babel. Etimológicamente, según el texto, procede de *mōr-derôr*, que quiere decir «almizcle limpio», mirra purísima.

En el libro bíblico de referencia, tras de la mención particular de Ahasweros y Wastí, leemos que había en Susán un varón judío llamado Mordekay (2⁵). En su genealogía figura el rey Saúl, «que destruyó a todos los analecitas y mató a Agag», antecesor de Hamán y causa de la enemistad entre ambas razas. Y en sus orígenes lejanos están Abraham, Yishaq y Yaazqob, en contraposición a los de Hamán, cuyos antepasados fueron Abraham, Yishaq y Esaw.

Hijo de Yair y nieto de Simí, benjaminita, de su vida no tenemos ningún dato anterior a la cautividad. Aparece como hombre maduro ya, habitante en Susán, con fama de piadoso entre los judíos, a cuya comunidad servía como miembro del Sanhedrín. Había vivido en Yerusaláyim hasta la ocupación de Nebukadnessar y la prisión y deportación de Yekonyáh, rey de Judá. El texto dice literalmente que Mordekay «fue llevado cautivo a Babel por Nebukadnessar, donde permaneció hasta que llegaros Kores y Daryaves... Entonces salió Mordekay con todos los judíos, y se fueron con Kores a vivir en Susán», donde nos le presenta la historia llanamente, como morador habitual de la capital del imperio persa, juzgando a los judíos. El mismo Yahvé situó al héroe de su pueblo en un lugar desde donde pudiese actuar con éxito.

Varón justo, Mordekay *ha-saddiq* le llama el texto repetidamente. Pero su título preferente era *yehûdi*, «el judío». De pobreza manifiesta, poseía suficiente con la carga moral de cuidar y librar a Ester de todo mal, sin preocuparse de otros negocios que los interesantes para su destino particular y universal. Por los cálculos cronológicos, tenía a la sazón más de cien años, edad suficiente para no desear los homenajes que el rey ordena (6¹¹). A Mordekay no le agradaban la grandeza y los honores, porque era humilde, pese al alto puesto que llegó a ocupar en la corte de Ahasweros.

Le alentó el espíritu de profecía y conocía cuanto había de suceder por mediación de Ester. A fuerza de cariño, quería para ella mucho más de lo que significase la propia felicidad de Mordekay y la prefería reina. Precisamente esposa del rey de Paras.

Con referencia a Ester, hay que señalar la actuación de Mordekay, recogiénola en su primera infancia para hacer las veces de padre. El texto apunta que la «crió por sí mismo», porque de esta manera no pierde ocasión y la «enseña buenas normas desde su

niñez». No podía faltar quien señalase en esta circunstancia algún rasgo milagroso, y leemos sorprendidos «que tuvo apoyadura y amamantó él mismo a Ester mientras lo necesitó; y cuando creció, no consintió en separarse de ella hasta que la llevaron junto a Ahasweros». Por cuatro razones especiales la crió (2⁷): porque era prima suya; por huérfana; «porque era bella y agradable a la vista»; y porque pensaba prohijarla.

Ciertamente, el amor de Mordekay por Ester es la única meta y razón de su existencia; y no habría pasado, quizá, a figurar en el Sagrado Texto de no concurrir en él unos innegables méritos de abnegación y cariño hacia la que, divinamente dispuesto, sería liberadora de Yisrael. El desinterés de su amor se manifiesta espléndidamente en la conspiración de Bigtán y Teres, cuyo descubrimiento no le reportó beneficio alguno inmediato. Preferible era esperar a que el tiempo transcurriese, porque la hora de su verdadero y sensacional descubrimiento al mundo no había llegado; tendría que actuar con todas sus energías e ingenio más adelante, al plantearse la salvación de sí mismo, y con él a los millares de israelitas del inconmensurable imperio persa.

Mordekay ha sufrido por Ester las alegrías y los dolores de los padres de una criatura durante la crianza; ha tomado cuidado de ella en los pormenores de su educación; la ha aleccionado en las circunstancias más decisivas de su vida; se ha desvelado en las enfermedades de la muchacha. Ha llegado a la edad de mujer, y les viene de frente el edicto de Ahasweros, ordenando presentarse a concurso todas las doncellas del imperio, del que saldrá, para el rey viudo, la mujer soltera digna de su corona. La reacción del justo varón fue natural: «Mordekay tomó a Ester y la escondió celosamente para que no viesen los enviados reales». Sin embargo, han de separarse cuando Ester fue elegida representante de la capital. De la despedida no sabemos más que el concreto consejo de Mordekay: que a nadie diga a qué raza y familia pertenece (2¹⁰). Para los designios divinos no interesaba por el momento sino observar suma discreción.

La separación, con todo, no fue definitiva. Una vez en palacio y convertida en reina de Paras, Mordekay «la visitaba diariamente para enterarse de su salud» (2¹¹), observando en las entrevistas un especial sigilo para que «nadie sospechase que acudía a palacio por ver a Ester».

Mordekay fue padre de Ester y de los judíos persas del tiempo

de Ahasweros. La comunidad de Paras le estimaba porque desde la apadana cuidaba de su gente, «juzgando a su pueblo según las normas prescritas por la Torá». Era miembro del Sanhedrín, *rabbi* de la comunidad y *dayyān* (= «juez») de Yisrael. Por los judíos se expuso a grandes peligros. El destino de Mordekay fue padecer, «soportando amarguras y cautiverio, sin reposar nunca». Sentía los pecados de su pueblo como si fuesen propios, su caída en la idolatría, sus vicios y, más concretamente, la depravación en que se sumieron al asistir a los banquetes de Ahasweros, que parecían no tener otra finalidad que la de encenagarlos en el pecado. Por salvarlos, Mordekay estaba dispuesto a sufrir las más inauditas vejaciones y a exponerse a los más grandes peligros; menos inclinarse ante Hamán, al que reconoce como el más perverso enemigo suyo y de los judíos. Deseaba Hamán que Mordekay muriese colgado en aquella gigantesca horca «de cincuenta picos» (unos 34 metros) (5¹⁴) que sirvió, al correr de los días, como instrumento de su propia muerte (7¹⁰). Mordekay, que no huyó de la ciudad por evitar la tentación o el peligro de que le encontrasen ajeno al convite del tercer aniversario de la coronación de Ahasweros, sin embargo fue el único de todos los de Susán que se empeñó en desobedecer las disposiciones de Hamán con respecto a los honores que había de darse a su persona, y «no le arredraba morir antes que inclinarse ante Hamán». No hacía eso y, además, «cuando Hamán pasaba, extendía su pierna demostrando y recordándole que era su esclavo», por una circunstancia que indicaremos después.

Prestando sus servicios en la corte con la fidelidad de que era capaz, antes de ser traidor, habría manifestado su rebeldía ante las injusticias, y comunicado al propio rey, si preciso fuese, las consecuencias de sus insensateces. Pero el soberano era un pelele, necesitado de lealtad; o quedaría a merced de desaprensivos. El acierto fue contar entre los cercanos a su persona con la de Mordekay.

En el primer gran festín había sido jefe de los servicios de palacio, compartiendo el cargo con Hamán. Estaba durante el día en la corte, con misiones de orden secundario, uno de tantos «mayorales del rey»; pero llegó a ser consejero especial, al que escuchaba con predilección Ahasweros. El primer concurso de bellezas fue convocado por consejo de los más jóvenes ministros de la corte (2³); el segundo, sin consecuencia, lo fue por el de Mordekay (2¹⁹), que el rey consideró acertado para ver si rendía a Ester a que confesase su pueblo y raza de origen. Concentración infruc-

tiosa porque Ester respondió a la prueba perfectamente, sin temor a perder su felicidad o la predilección del rey.

Ministro de habilidad suma, que «sabía todos los secretos de la hechicería y deshacer los hechizos; era políglota consumado». Mordekay suponía un peligro en la corte de Susán, dadas su inteligencia y lealtad. Todos sus enemigos sabían que fue él quien descubrió la conspiración y libró al rey de «la muerte en el hecho de Bigtán y Teres».

Parece que los súbditos de Ahasweros, especialmente los grandes del imperio, estaban disgustados por las dos concentraciones de bellezas, porque habían gastado más dinero del que podían para ver de emparentar con el rey; en definitiva, fue una sola la coronada —no importaba cuál—, como estaba previsto. De los más indispuestos era Hamán, como más cercano al rey. Él y sus parientes tramaron la desaparición del emperador, valiéndose de estos dos cortesanos, Bigtán y Teres, coperos de palacio, quienes deciden envenenarle. Y tratan el modo de hacerlo, manifestando constantemente su disgusto en busca de adeptos para su causa.

Cuando concretaban los detalles del regicidio, Mordekay, entendedor de «setenta idiomas», comprendió perfectamente los términos en que se expresaron y fue a comunicárselo a Ester. Al margen queda si lo supo por sospechas, en sueños o en virtud del espíritu de profecía que le alentaba —como expone el «Mē^oam lō^oēz»—. Lo cierto es que bien pudo Mordekay haber dicho al propio Ahasweros lo que ocurría; pero por humildad o por querer seguir desconocido en el reino, prefirió decírselo a Ester, y que ella fuese intermediaria (2²²). Se precisaba observar, comprobar si la denuncia era cierta. Resultó todo verdadero y sucumbieron los regicidas (2²³).

Pese a tan señalado servicio, este justo de Yisrael no obtuvo distinción alguna, al menos inmediatamente. Han de transcurrir casi todos los sucesos del «Libro de Ester» hasta que el rey vislumbre las traiciones de Hamán, después de su accidentado sueño, y entonces ordenará honrar cumplidamente a Mordekay (6^{1.11}).

Hamán fue colgado con diez de sus hijos; Ester seguía junto al rey influyendo decisivamente. Hubo otro primer ministro durante un poco tiempo, hasta que Mordekay pase a ocupar el cargo, cuando ya el rey supo que era pariente de Ester, y le compensó los desvelos padecidos hasta ver criada a la reina. Mordekay era el único soberano de Paras y Maday en los asuntos oficiales, particulares y personales del matrimonio real; rico cual rey, por he-

rencia de todos los bienes que poseían Hamán y su familia (8²), era general, ministro omnipotente, administrador absoluto del imperio, guardador de las personas reales; manteniéndose fiel a su religión, a pesar de las altas esferas que alcanzó sin desearlo, porque eran incompatibles con su persona. Lo mismo que alabó al Señor cuando, a caballo, Hamán le honraba públicamente (6¹¹), lo haría sin cesar durante toda su vida, en medio del ajeteo palaciego y de los problemas políticos, buscando huecos a su descanso para dar gracias a Yahvé por los beneficios incesantes que le prodigaba.

En adelante se hizo querer y respetar, temiendo de su justicia solamente los magnates y malvados, aunque habitasen en la última aldea fronteriza. Entre sus correligionarios no tuvo enemigos, cosa tan difícil en un «juez» (10³).

Como una muestra más de la influencia lograda por este varón judío, apunta el autor del «Mē^oam lō^eēz 'Estēr» que el propio Mordekay escribió la «Megillāt 'Estēr» y la impuso a su pueblo, con base en el milagro manifiesto en tiempo de Ahasweros por haberse logrado la liberación del Pueblo de Dios del mayor peligro conocido hasta el momento. «Escribió Mordekay este milagro y ordenó a todos los judíos la obligación de leer la «Megillā^h» cada año en esta conmemoración y de celebrar siempre la festividad de Purim» (9^{29,30}).

Nada se sabe de su vida posterior. Mordekay era ya anciano cuando sucedían estos hechos; los pocos o muchos años que sobrevivió fueron de dicha para su pueblo y para su hija adoptiva, Ester; así como para el imperio que dirigía. Moriría en paz, rodeado del agradecimiento de todo el pueblo por sus valiosos y desinteresados servicios, lleno de años y, como Moisés, «ni se habían debilitado sus ojos ni se había mustiado su vigor... llorándole los hijos de Israel... durante treinta días» (Dt 34^{7,8}).

Ester (2⁷ - 10³).—Uno de los indudables méritos de esta narración consiste en que su autor nos exponga los pormenores de cada personaje, manteniendo a todos ellos entre sí en la ignorancia con respecto a los demás. El lector conoce desde el principio la situación y particularidades de cada uno, pudiendo seguir mejor el desarrollo de los hechos. El personaje que da nombre a esta historia no aparece hasta después de haber transcurrido veintiocho versículos del T H de «Ester»; entonces comienza la intervención de la bella judía (2⁷). Los sucesos previos constituyen el marco en que

se desenvolverá esta heroína sin par, que fue «reina del Purim, de la buena suerte» («Libro de Esther», de Benjamín Jarnés; 2.^a edición, Barcelona, 1948), «la más linda, la más voluptuosa reina de raza hebrea», en frase de Gómez Carrillo (Madrid, 1923), con su típico estilo sensual.

Fue Ester ejemplar femenino único en su época, del que se sirvió Dios para obtener la salvación del pueblo de su predilección, basándose en la belleza y virtud probada de la muchacha. Su verdadero nombre era Hadassáh (2⁷), auténticamente judío, que equivalía a «mirto». El de «Ester» tiene la significación de «encubrir, ocultar», que era corriente entre las naciones que componían el imperio de Ahasweros. En arameo llaman al «arrayán», «istán»; y en griego, Istehar es la denominación de la estrella Venus (la diosa Istar). Así, cuando ella trate de disimular su procedencia genealógica al soberano persa, no podrá éste deducir por su nombre el pueblo a que pertenece. Mordekay había elegido semejante nombre previendo lo que pudiese suceder al correr del tiempo, para que cada uno creyese que pertenecía a su propia raza.

Ester fue huérfana desde su nacimiento, porque «estando la madre embarazada, murió su padre, Abihayil, y cuando nació ella, murió la madre», sin que le quedase otro pariente en el mundo más que Mordekay. Su patria fue Yerusaláyim, donde fue cautivada al tiempo que Mordekay (?), en cuya casa se criaba (2⁶) recibiendo cuidados como si de un hijo se tratase; y allí creció bajo la suave férula de tutor amable y cariñoso. Mordekay la prohibió, procurando que la niña no padeciese las necesidades del huérfano, sin olvidar, con todo, su adoctrinamiento en las normas canónicas del judaísmo y a creer en Yahvé, Dios de Yisrael.

El parentesco de ambos ha originado equívocos. Hemos leído que Ester era «mujer de Mordekay», entendiéndose en el sentido de que le pertenecía por estar bajo su cuidado. También leemos que, aun llamándola «hija mía», pensaba desposarla; «pero no la había tomado todavía porque era niña, y mientras tanto surgió la orden del rey y la tomó éste por mujer». Ambos tenían amistad «como un padre con su hija» y se amaban mutuamente dentro de la más elevada acepción del amor.

En el «Libro de Ester» se dice textualmente que Mordekay «fue crián a Adassá, ella Ester, hija de su tío, que no a ella padre ni madre... y en morir su padre y su madre, tomóla Mordekay a él por hija» (2¹). Por otro lado, Rafael H. Pontrémoli, recogiendo di-

ferentes opiniones, pone en boca de la heroína que Mordekay era «hermano de su padre»; y en un lugar posterior añade que «era sobrina de Mordekay y criada por él». Mas también se habla de que propiamente era prima cuando dice que «era hija del hermano del padre», o sea, «hija de Abihayil, hermano del padre de Mordekay». Nuestro autor concluye a este respecto diciendo que Mordekay la crió por las razones indicadas arriba, sin concretar si eran primos, o tío y sobrina.

«Es muy difícil hacer su retrato» —escribe Benjamín Jarnés, refiriéndose a una Ester—. El conjunto físico y espiritual de la Ester bíblica aparece como de una armonía singular, disimulada entre el maremágnum de la política persa contemporánea, con las intrigas de palacio, las ferocidades, las guerras y las peripecias cortesanas. «Ella es todo suavidad —sigue diciendo Jarnés—. Prefiere ir envuelta en tonos grises. Parece así un poco de niebla cuajándose en busca de su forma». Entre las cualidades físicas, destaca su hermosura, que radica muchas veces en la proporción, más que en una cualidad destacada. Este argumento esgrimen los cortesanos de Ahasweros, después de haberle aconsejado la sustitución de Wastí: «No creas que no habrá otra mujer tan hermosa como ella. Tú reúne a todas las muchachas más bellas de tus ciudades, y la que elijas, esa será tu mujer». Las únicas condiciones a exigir eran: que fuesen solteras; de gran belleza; llevadas a palacio a la fuerza; que se presentasen sin adornos ni maquillaje alguno (2²⁻⁴). Susán cobijó a 127 muchachas en semejantes condiciones, y, de todas ellas, fue Ester la preferida, a pesar de negarse después a aceptar los cosméticos y aderezos que el rey puso a disposición de todas las electas. Era, con todo, más graciosa que las demás, como apreciaron oportunamente cuantos la vieron por vez primera.

Si en el «Mē'am lō'ēz 'Estēr» no se incluye rasgo físico alguno de Ester, nos vemos precisados a indicar lo que en las «Leyendas de los judíos», de Louis Ginzberg (Philadelphia, 1947), se dice: En tamaño, Ester no era alta ni baja, como el mirto, que es una planta ni grande ni pequeña. De peso medio. No fue una belleza, pero tenía una simpatía física que embrujaba. «La gracia —traducimos textualmente— estaba suspendida sobre ella; pero Ester permanecía humilde ante su gracia». Representaba la belleza ideal de su nación, haciendo exclamar a quienes la veían: —¡Merece ser reina!». Llegó a la corte cuando tenía 25 años (3.399 de la Creación), y se mantuvo bella toda su vida.

Está considerada Ester como la última de las siete profetisas de Yisrael (con Sara, María, Débora, Ana, Abigáyil y Hulda), a pesar de haberse casado con un gentil. Reinaría después de Wastí para salvar a su pueblo. Todos daban por seguro internamente que Ester sería la reina de Paras; y el propio Mordekay parece que recibió revelaciones en este sentido «cuando le avisaron de los cielos que Ester iría al palacio de Ahasweros». No obstante, quiso Mordekay oponerse a las órdenes reales, escondiendo a la moza en cuanto se enteró de lo que dispuso Ahasweros para, al final, pese a su disgusto, hacerla salir, cuando fue divulgado el severo castigo a infligir a quien contraviniese los reales decretos a este respecto. Hizo Mordekay a Ester confundirse con la gente «para que no se supiera de qué nación era»; pero «pasaron por allí los comisionados reales, que la tomaron a la fuerza, entregándola a Hegay, guardador del harem».

Esta mujer con alma de niña fue candidato forzoso a la realeza, lanzada a la vorágine de los acontecimientos trascendentes para que estaba predestinada. Acabó su dulce existencia. Surgido el decreto de Ahasweros, Ester entra en la historia por el agradable camino —en apariencia— de la grandeza, con toda la carrera de la ambición conseguida. Va a ser la reina de Paras, puesto codiciado por todas las mujeres del imperio, excepto, precisamente, la misma Ester.

Ambos parientes deseaban incumplir al principio las previsiones divinas. Pero hubieron de resignarse; se presentó Ester la última de todas las doncellas de Susán, pensando, quizá, que su retraso sería un argumento que la invalidase para la elección. Sin embargo, fue unánime ésta. El propio jurado de bellezas se interesó por ella, y fueron recomendándola uno a uno hasta el guardián de las doncellas en palacio, «diciéndole a Hegay que cuidase bien de la moza, porque esa sería la que reinase». Rehuyó también Ester los cosméticos, dejó de comer, se privó de lo necesario para subsistir; y, sin embargo, su belleza y su salud se mantuvieron lozanas.

Así llegó al palacio real, elegida entre las 127 más bellas doncellas de todo el inmenso imperio de Paras y Maday, recibiendo desde el primer momento, por obra del esclavo guardián, los honores debidos a una soberana, «aunque no recibiría el título hasta siete años después de estar en palacio». En cuanto Ahasweros la vio por vez primera, no quiso seguir presenciando el desfile de bellezas. La coronación de Ester fue súbita e inesperada, al menos

sin más competencia. Cuando llegó frente al rey, «no permitió que la llevasen a Saasgaz, y la consideró desde aquel momento como su mujer». Aquella tierna belleza de frágil contextura entró en la residencia real de Susán —jaula de oro— sabiendo que había de vérselas con un marido irascible, caprichoso y terrible.

Ahasweros posee a la mozueta de más radiante y pura belleza de su imperio. El único desacierto para él —y mayor para Hamán— ha sido su raza. No obstante estar en palacio y disfrutar de las prerrogativas de la emperatriz, para el rey no supuso Ester, de momento, ningún cambio en su forma de ser.

La característica fundamental de Ester es su limpieza de conducta. Siempre mantuvo su inocencia y rectitud moral porque Yahvé no permitía su contaminación. Mordekay la había aleccionado debidamente en largos coloquios, como a criatura incapaz de gobernarse en el medio de ambiciones, odios e intrigas que le esperaba; hablóla sobre muchos puntos, fundamentalmente en lo que concernía al cumplimiento de la Ley, debiendo ocultar su pueblo hasta el momento que el propio Mordekay indicase. La orden era tajante: Nadie debía dejar vislumbrar ni el más pequeño rasgo que delataste su origen judío, ni el parentesco que la ligaba con Mordekay.

Se ingenió para seguir fiel a la Ley llamando a sus siete doncellas (2⁹) con nombres alusivos a los días de la semana, de acuerdo con el que cada una cumplía su servicio; y, así, cuando llegaba la denominada Sabbath o Regoíta, «sabía que aquel día era sábado y le guardaba en secreto». De haber carecido Ester de aquella discreción singular, la salvación de los judíos habría sido imposible por su intervención. «Por eso su rostro brillaba como la luz del sol». El rey y sus doncellas desconocieron su estirpe judaica durante nueve años —concreta el texto—, «hasta que ocurrió el desastre de Hamán», que supuso el desenlace del drama.

Ahasweros entregó a los judíos en mano de Hamán desconociendo que también vendía a Ester. Todo estaba previsto por Mordekay y lo consintió simplemente para que los judíos temiesen por su vida e hiciesen penitencia; el exterminio de todos sus enemigos llegaría después, de una sola vez. Mordekay esperó y en el último momento ordenó a Ester que debía publicar ante el propio enemigo su origen judío, porque era «hija de reyes grandes, hija del rey Saúl, de la tribu de Benjamín». La reina cargó con toda la culpa de la enemistad de Hamán, diciendo que la saña de éste para con los judíos no tenía otra causa que ella misma, porque la

odiaba desde que llegó a palacio, y «quiere hacer conmigo —dice Ester— igual que hizo con Wastí; pero como faltó otro motivo, ha tramado el exterminio de los judíos y me sorprende a mi entre ellos». Se ofrece como víctima a cambio de su pueblo, y, dispuesta a morir, denuncia abiertamente a Hamán como «angustiador» único aprovechando el convite a solas con el rey (7¹), con argucias insospechadas en la delicadeza femenina de una joven inexperta en lides de diplomacia y de gobierno. Yahvé, en compensación a la virtud de Ester, induce al rey para que la perdone, porque la reservaba «para vengarse de Hamán» y lograr la salvación de los judíos por su mediación.

Obtenida la perdición de Hamán y toda su familia tras la victoria del 13 de Adar, hubo nuevo permiso del rey para continuar la venganza en sus enemigos un día más. ¿Es una muestra del espíritu vengativo y sanguinario de una mujer a quien no faltaban las gracias de la naturaleza, ni la fortuna terrena, ni el favor divino? Más bien sería otro de los ocultos designios divinos para redondear más completamente la victoria contra los antisemitas. Ester lo poseía todo y todo lo podía. No se resignaba, sin embargo, a imaginar que, en lo sucesivo, pudiese surgir nuevamente la simiente del odio en el imperio persa contra el rey o contra el pueblo de Dios.

Su marido la amó más en adelante. El sucesor del imperio fue un judío, hijo de Ester, aunque cuando Ahasweros recibió la noticia de los astrólogos no se había casado con una judía, ni lo pensaba como remoto o probable. Esto ocurrió en una fecha de que no tenemos referencia.

Hamán (Est 3¹-7¹⁰). — En este personaje del relato no hay nada aprovechable. Ambicioso, falso, malvado e inconsecuente, quizá su humanidad esté exaltada en cuanto de negativo hay en el hombre, salvándose únicamente su actitud de padre solícito con sus hijos. Por lo demás, Hamán es el «villano» de la aventura, como le califica algún autor, símbolo del poderoso intrigante antisemita. En el «Mē'am lō'ēz 'Estār» se le denomina Hamán *hā-rā-šā'*, «consejero para mal». También le llama, en boca de sus mismos hijos, «el torpe».

Su genealogía completa está indicada arriba. Descendiente de Hammedata, nieto de Agag, de Amaleq y Esaw, de origen humilde, pese a que blasonaba de sus poderosos e influyentes antecesores.

No era, personalmente, sino «bañero y barbero», como todos sabían; y para un núcleo más reducido, «se había vendido a Mordekay por esclavo» en un acontecimiento al margen del «Libro de Ester». También sus padres «habían sido bañeros y barberos en la localidad de Qiryranós», y de ellos aprendió el oficio. Gracias a sus habilidades, sin detenerse en menudencias sentimentales ni de honor, Hamán llegó a ser el factótum del imperio de Ahasweros, primer ministro omnipotente e indiscutido, favorecido por la circunstancia de un rey abúlico y prevaricador.

Aunque nos falta su descripción física, encontramos, sin embargo, suficientes rasgos ilustrativos de su aspecto moral, que nos le definen en toda su extensión, con sus obras y retorcida conducta. Su poder en la corte persa fue soberano, escalando desde un simple puesto de jefe militar, hasta el de «segundo del rey», título que no tiene por encima más que el del emperador». Además, era cajero, regulador de visitas y jefe de palacio. Entre sus prerrogativas estaba la de llegar el último de los funcionarios a su obligación, pues era «el más grande de todos». Por algo en la consideración de Ahasweros era estimado más que ninguno, y en palacio hacíase su voluntad, como se enorgullecía de proclamar.

Fue, precisamente, en los acontecimientos en torno a Ester cuando Hamán empezó a mostrar su poder cortesano. Cuando ya tuvo en su mano «el anillo real», que le permitía disponer en los asuntos del reino, todo fue sencillo. Comenzó con aquellas cartas ordenando destruir a los judíos, plenas de odio y astucia, donde calló primero de qué pueblo se trataba, fijando solamente la fecha de su perdición; para después, por su propia cuenta y sin consultar con Ahasweros, decir abiertamente que los judíos debían ser exterminados. Y al propósito, ambos se pusieron a celebrar el memorable negocio que Hamán redondeó (3¹⁵), logrando el momento cumbre de su influencia, porque nunca antes «obtuvo el honor de sentarse a la mesa con el rey, mano a mano y de igual a igual».

Había situado estratégicamente a sus hijos, uno de los cuales, Simsay, era secretario real; diez más, con funciones secundarias «de pluma», también estaban en la corte; otros «desempeñaban los gobiernos de algunas ciudades del imperio»; diez de ellos eran quincuagenarios; los demás ocupaban puestos de confianza. Cuando llegó el momento desastroso para toda la familia, aún pudo Zeres huir con los siete supervivientes. «Así desaparecieron los 208

hijos de Hamán» —dice el texto—, que tenía diseminados por todo el imperio en distintos cargos. El mismo decía: «—Tengo muchos hijos influyentes, unos aduaneros, otros banqueros, algunos son escribanos del rey, y en sus manos está todo el imperio».

Pero le faltaba a uno por situar: a su hija Dimod, cuyo nombre no aparece en la historia de Ester, pero que juega ocultamente un papel decisivo en estos acontecimientos, dado que el padre comenzó a actuar con base en esta dama cuando aconsejó a Ahasweros que Wastí debía morir por su actitud desobediente, argumentando internamente contra la reina porque no había invitado a Zeres al convite de Susán o porque la aposentó en lugar inadecuado. Disponiendo la muerte de Wastí, podía Hamán emparentar con él dándole a su hija Dimod por esposa; y llegó a meterla entre las que aspiraban al título de reina, pensando que los seleccionadores de bellezas tendrían en cuenta la influencia de Hamán para elegir a la hija. Pero no pudo ser, porque a última hora le surgió un defecto que hacía huir a los próximos por el hedor que desprendía.

Hamán reunió «mucha moneda» por su propia industria desde antes de hallarse cerca de la corona. Una vez con el poder a su alcance, por si era poco, «Ahasweros le enriqueció mucho más de lo que era y cada día aumentaba su influencia, hasta nombrarle primer ministro, con un sillón más elevado que los demás, y con él trataba en secreto todos los asuntos de estado». Pese a cuanto tenía, en el sorteo de los judíos, por los que ofreció aquella suma disparatada (unos cien millones de pesetas), reunida de los hierros viejos de su casa, cuando los tuvo a su merced, se ingenió para que el rey le dispensase del pago (3^o-11).

Como manifestación del poderío que disfrutaba en la corte, aparte de los cargos y prebendas, obtuvo del soberano el permiso de cabalgar «en el caballo segundo del rey, con un escudero delante de él pregonando que todos se arrodillaran a su paso». Por eso no se resignaba, cuando sobrevino su derroque, a convertirse en ordenanza de Mordekay, «porque no es decoroso a un hombre de su categoría soportar las afrentas que diariamente le prodigaba este judío».

Adornaban a Hamán una serie de defectos que le hacen símbolo de la maldad. Así, era un malvado de tomo y lomo, rencoroso contra sus circundantes, a los que se jactaba de humillar y odiar cordialmente, quienes no podían corresponderle con mejor moneda. El decía que nada representaba en su consideración la

gente media; que los grandes le obedecían; que hacía temblar a todos con sus decisiones y que las ciudades incluso le temían. «Era opresor del mundo entero, angustiador de los cielos y enemigo de la tierra; angustiador de Ester y enemigo del rey».

La falsedad fue un arma que esgrimió habilísimamente hasta encumbrarse. Mentiría sin inconveniente, dispuesto en caso de evidencia, un momento después, a negar con el mismo cinismo con que acababa de lanzar la injuria más refinada contra un semejante. Y con sus mentiras medraba. Al mismo rey «pensó engañar diciendo que había tomado realmente aquella moneda a cambio de los judíos; pero Mordekay se lo dijo a Ester». Falsedad semejante tramó al escribir dos cartas, una avisando la sanción y otra concretando a quién había que exterminar. Pero, como quien a hierro mata, a hierro debe morir, «por haber proferido Hamán tantas mentiras para destruir a Yisrael, con mentira pereció él mismo».

Sus argucias eran definitivas, ocultando tras de una capa de sinceridad y cortesía sus malvados propósitos. Cuando ya ha conseguido el exterminio de los judíos, hace al rey que beba con él, para que no llegue a sus oídos el amargo llanto de las víctimas, y estar más cerca de Ahasweros, con muestras de mayor amistad y honradez. Otra más fue la de prevenir el monumental madero en que ahorcar a Mordekay, dando por seguro que le saldría bien su intento, presentándose en palacio antes que nadie pudiese ver al rey. Se completaba su alma maldita con una facilidad de palabra desconcertante y una simpatía atrayente, arma adecuada para ir enredando a incautos en las redes de su villanía. Lo asegura Pontremoli cuando dice: «No había quien supiese hablar con tanta maldad como Hamán», siempre con velados empeños, que hacía verosímiles con su facundia dañina e inigualable.

Pese a tanta perversidad, que no quiere reconocer porque considera lícito cuanto haga para conseguir sus ambiciones, cuando fueron descubiertas sus sanguinarias intenciones cree que debe perdonársele todo. Pensará que con rendirse, en apariencias arrepentido, a los pies de Ester, triunfadora de sus argucias, ha de obtener el perdón con mayor impunidad cuanta mayor fue la saña que puso en su empeño. Se excusaba ante la reina, diciendo: «—Yo haré que aquellas cartas sean anuladas; pero tú perdóname la vida», pensando que nunca el rey habría de consentir semejante castigo para su ministro y amigo predilecto. A todos se humilla

por ver de quién puede lograr un resquicio de esperanza; de sus mismas víctimas, Ester y Mordekay, solicita perdón, con un olvido total de los principios morales, con una demostración de inconsecuencia absoluta, sin resignarse al castigo que le espera. Odió a muerte; sus enemigos deben pagarle con la misma moneda. Y eso él no lo reconocía, considerando arbitrariedad cuanto con él se hiciese. Habría que suponerle, en esta coyuntura, consultando a las estrellas sobre el rumbo que seguiría la suya. Ellas lo sabrán todo; pero no pudieron salvarle contra la justicia del Dios del firmamento.

Su odio alcanzó primero a Wastí, cuya muerte no dudó en aconsejar; odiaba también a Ester, por obstaculizar sus empeños; Ahasweros ocupaba lugar semejante en la consideración de Hamán, al que pensaba colgar, con aquélla, en la misma horca.

Su odio rayaba en la cumbre del furor contra Mordekay, blanco de todas sus iras, por haber recibido de él las mayores humillaciones. La enemiga venía de antiguo, y no precisamente por la delación de sus parientes Bigtán y Teres. Cuenta un midrás que Hamán y Mordekay fueron jefes de dos ejércitos en una campaña contra India, donde hubo de venderse el maldito en prenda por una ayuda de víveres que solicitó de Mordekay para salvar su vida de manos de la soldadesca hambrienta. En el documento se brindaba Hamán a ser esclavo por siempre. Y cara pagó aquella ayuda, porque cuando, pasado tiempo, dispuso que todos se humillasen a su paso, Mordekay le ofendía públicamente, porque no podía inclinarse ante su siervo (3²).

El odio de Hamán comprendía también, por extensión, a toda la nación judía, por serlo Ester y Mordekay, sin desperdiciar oportunidad para hacerles insoportable su pasable vivir. Le tilda el texto de «angustiator de los judíos», *šörër ha-yehudim*, en términos hebreos. A todos quiere hacer desaparecer del imperio de Ahasweros: «Hamán quería exterminar a todos los judíos, jóvenes y ancianos, mujeres y niños, todos en un sólo día», incluyendo a la reina (3¹³).

Comienzan las humillaciones para el Pueblo Elegido con el convite a que hubieron de acudir los habitantes de Susán durante siete días, como invitados del rey, cayendo en depravación los más justos varones y las más honradas familias, enemistándose con Yahvé (1^{3.4}). Anteriormente, Hamán participó en la embajada a comienzos del reinado de Ahasweros, para exponerle que no per-

mitiese la reconstrucción del Templo de Yerusaláyim (Esd 4^{6.16}). Las cartas de exterminio (3^{8.9}) son la prueba más reciente de su manifiesto odio a este pueblo. Y después, con los demás súbditos exigía que «todos se humillaran ante Hamán, porque así lo había ordenado el rey» (3²).

El castigo de Hamán debía ser proporcionado a sus empeños. La ruina sobrevino por mediación de la infantil Ester, la dulce y débil reina de los persas, dolorida por el daño de su pueblo. Y Hamán cayó ruidosamente, «como de los cielos a la tierra». El imperio parecía desplomarse tras él; pero nada más sucedió de momento. «Hamán fue ahorcado el día mismo que él había pensado». Castigo torturante para su orgullo. Antes de soportarle pensó suicidarse o huir a las localidades en que gobernaban sus hijos, para tramar desde allí una rebelión; pero nada pudo hacer, sino purgar el daño que merecía. Hamán fijó un completo ceremonial de lo que el rey debía hacer con un hombre a quien quiere honrar (6^{7.9}). Eso mismo tuvo que hacer con Mordekay: ungirle, afeitarle, bañarle y vestirle vestidos de gran gala. Calentó el baño por sí y preparó el caballo y sus aderezos (6^{10.11}). Todo ello, aunque se lamenta diciendo: «—¡Un hombre como yo, a quien el rey estimó más que a nadie en el reino y todo se disponía con mi autorización, que llegue a convertirse en barbero y bañero!».

Después de tanta humillación, Ahasweros envió a llamarle para el segundo convite de Ester, al que ya no deseaba ir; pero «los mensajeros le tomaron por el brazo y le llevaron a la fuerza, empujándole, como a un preso» (6¹⁴-7¹). Cuando ya estuvo totalmente perdido, «el ángel Gabriel se encargó de apagar su estrella»; en aquel momento «le surgió lepra de diferentes clases en la cara». Tuvo que presenciar aún cómo el rey hacía entrega de todos sus bienes de fortuna, su dinero, su casa, la vida de su familia, todo a Ester (8¹), en demostración de cómo, a destiempo y en el último momento, no aprovechan de nada ambición y riqueza, comodidades y bienes, orgullo y maldad. Ve acercarse la muerte sin un resquicio de tranquilidad para su espíritu; ha de pagar, no sólo con la vida, sino con las mayores torturas que a su alma retorcida tanto molestaban.

Pereció Hamán colgado de «un tronco de cincuenta codos, según le aconsejó Zeres» que hiciera (5-¹⁴), en que cupiesen todos los allegados a Mordekay; confeccionado con tanto contento días antes por herreros especialistas, «mientras que los hijos de Hamán

ayudaban en la tarea y Zeres amenizaba la escena con músicas y canciones». De no disponer semejante artificio, no habría sido colgado en él; pero por haber luchado contra Yisrael y contra su Dios, el propósito de venganza previsto fue su propio medio de tortura (7¹⁰). Posteriormente (un año después?) colgaron a sus diez hijos, vencidos en la lucha del 13 de Adar, víctimas de «magullamiento, pero que aún no habían muerto» (9⁷⁻¹⁰), yendo a ocupar un lugar junto a su padre en la misma viga (9¹⁴).

El retrato de Hamán que presenta el «Libro de Ester», si no histórico, refleja al menos una época de opresión de los judíos, anterior en unos siglos a la era cristiana. El personaje conoció por trágica experiencia lo que cuesta el odio judío. Como en el resto de la onomástica de este libro, su nombre se relaciona con el de un dios elamita: Humman, opuesto al babilonio Marduk (Mordekay).

Tal fue el fin de los que combatieron en aquella coyuntura contra el Pueblo de Dios. El 13 y 14 de Adar, fecha del triunfo, se celebra la fiesta de Purim en cada aniversario (9^{26,32}); entonces fue la primera salvación milagrosa de los judíos en masa, revistiendo la conmemoración caracteres inusitados de alegría.

Salieron los judíos purificados y fortalecidos. Su situación en el imperio se consolidó; Mordekay asesoró al rey Ahasweros y cuidó de todo lo que concernía a Ester, mujer que justifica su existencia. El imperio se engrandeció al par que los judíos. Y hubo paz, tan deseada por los países como base única de progreso y convivencia.

Los acontecimientos han sido llevados por mano divina. El documento que los atestigua es este «Libro de Ester», magistral joya literaria, construida con la lógica natural de los hechos, sin ficciones ni pegadizos. Las escenas van encadenadas perfectamente; su relato, escueto, ha escogido lo fundamental, hasta llegar a una conclusión satisfactoria con el triunfo de la fe, la inocencia, la nobleza y la verdad, frente a la mentira, la maldad, el odio y la deslealtad.